

“El anciano frágil”

Con certeza nunca he sabido, el origen de aquel o aquellos que acuñaron el término de anciano frágil, o quienes hicieron la traducción del mismo a nuestro rico idioma, eligiendo en concreto esta acepción. A todos ellos, mi personal felicitación por el acierto.

El término frágil describe con justicia la condición de quebradizo y que con facilidad se hace pedazos, o bien, se representa, habitualmente refiriéndose a un objeto, como algo débil, que puede deteriorarse con facilidad.

Como ancianos frágiles, convienen algunos autores en calificar a “las personas muy mayores —octogenarios o de más edad—; ancianos de cualquier edad aquejados de soledad; aquellos que presentan múltiples y complejos problemas de salud o enfermedades que se presentan de forma oscura o atípica; los vulnerables a la enfermedad o la yatrogenia; mayores con problemas funcionales, cognitivos o afectivos; con dificultades motoras; con incapacidad recientemente adquirida; con historia de caídas reiteradas; incontinentes o con riesgo de institucionalización prematura y quizá inadecuada”.

Alguna, varias, muchas o a veces todas estas situaciones o circunstancias perfilan, sin uda, un individuo anciano con extrema facilidad para “romperse”.

Nunca hasta ahora me había detenido a reflexionar con cierta profundidad sobre un término, que al tiempo que para algunos puede presentarse como imperfecto o impreciso, es a mi juicio, certero y sobre todo, estimulante para el cuidado.

La conservación de una pieza de porcelana, por frágil, exige de actuaciones cuidadosas, cautelosas, con escasos cambios de asentamiento, de esmerada limpieza pero ejecutada sin sobresaltos. A nadie escapa que se trata de algo vulnerable y enseguida lo anunciamos con luminosos anuncios: ¡frágil!, ¡precaución!, máxime si posee belleza y valía.

Por algo de lo descrito, me sirve el término.

Anciano frágil es aquel, que aún en situación de conservada autonomía, requiere de las mayores y mejores dosis de promoción y mantenimiento de su salud, precisa de cuidadosas y periódicas valoraciones en las esferas físicas, psíquica, funcional y social, en busca de pequeñas fisuras encubiertas que alteren su bienestar, necesita de un lugar seguro alejado de acometidas intempestivas o cambios constantes de hospedaje y de forma sobresaliente, se beneficiará de que todos en su entorno, familiares, cuidadores y profesionales reconozcan esta situación de debilidad.

Pero, la fragilidad no impide tocar, no impide aproximarse, no impide disfrutar del valor de ese objeto o de ese ser. Exige destreza, preparación y sobre todo delicadeza.

La condición de fragilidad en le anciano generalmente se forja, como apuntaba, por la suma de problemas, de fallas de salud o de potencia-

les amenazas a ese equilibrio inestable del que disfrutaban, al que aludía nuestro recordado Profesor Pietro de Nicola.

No encuentro una entidad nosológica que lo defina por si sola. Incluso supera el encuadre de una gran síndrome geriátrico, a menudo participando varios de éstos en su propia hechura.

Para el ámbito de la Enfermería Gerontológica, la fragilidad es una condición que anuncia la necesidad de cuidados, los calibra y guía.

J. Javier Soldevilla Agreda
Presidente S.E.E.G.G.